

Roger Caillois

Los demonios del mediodía

Traducción del francés de
Luis Eduardo Rivera

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 116 (Serie Mayor)

Índice

<i>Introducción</i>	9
PRIMERA PARTE	
LA HORA	17
I División del día	19
II El mediodía, hora de paso	24
III El mediodía y la sombra	36
IV El mediodía, la hora de los muertos	45
SEGUNDA PARTE	
LOS DEMONIOS	67
I Las sirenas	69
II Los lotófagos y las cigarras	85
III Las ninfas	94
IV Íncubos y súcubos	121
V El demonio del mediodía	144
<i>Conclusión</i>	171
<i>Apéndices</i>	177

Introducción

Por múltiples razones podría suponerse que en los países del sur, como Grecia, la hora del mediodía era propicia a considerables repercusiones religiosas y mitológicas. Sin embargo, su estudio ha sido constantemente desdeñado. La razón de ello es manifiesta: los textos son muy escasos, en extremo dispersos, y, por si fuera poco, ninguno supera los estrechos límites de la alusión. Tanto es así que uno está tentado de afirmar no solo que la Grecia antigua no conoció espectros específicos del mediodía, aunque el folclore griego moderno los presenta muy marcados, sino incluso que esta hora no tuvo en ello ninguna importancia especial, lo que contradice de inmediato de manera decisiva cierto texto en que Servio¹ afirma que casi todas las divinidades se aparecen a mediodía.

La cuestión de los demonios del mediodía interesó principalmente a los teólogos a causa del famoso versículo 6 del

¹ *Comentarios de las «Geórgicas» de Virgilio (In Vergilii Georgica commentarii)*, IV, 401.

salmo 91, popularizado en Francia por la novela de Paul Bourget. Es de ese modo como Le Loyer, con su *Discours et histoire des spectres* [*Discurso e historia de los espectros*] (París, 1605), Praetorius, con su *Daemonologia Rubinzalii Silesii* (1665), Frommann, con su *Tractatus de fascinatione novus et singularis* (Núremberg, 1675), y Carpzov, con su libro *Philosophorum de quiete Dei placita* (Leipzig, 1740), constituyen el origen de la exégesis del problema. De sus manos, este pasa a las de los filósofos, principalmente a las de Schelling, que no desaprovecha la oportunidad de sacarle partido para ilustrar las relaciones entre la mitología y la naturaleza —si no las de la mitología y la *Naturphilosophie*—, y que reconoció en el sueño de Pan a mediodía «todo lo invisible que se mueve alrededor de uno en la tranquilidad de los bosques y el silencio de las praderas»². Mientras que O. Crusius, en un artículo sobre la epifanía de las sirenas³, y W. H. Roscher, en una conferencia sobre el significado de Pan⁴, zanjaban la cuestión con una lucidez tanto más admirable por cuanto que solo la afrontaban en lo relativo a aspectos particulares y «de pasada»; los poetas abordaban cualquier tipo de propósitos de la atmósfera prestigiosa del mediodía. En Francia, el poema de Leconte de

² Friedrich Wilhelm Joseph von Schelling, *Philosophie der Offenbarung. Werke*, 1858, II, p. 439.

³ Otto Crusius, «Die Epiphanie der Sirene», *Philologus*, L (1891), pp. 90 y sig.

⁴ Wilhelm Heinrich Roscher, *Archiv für Religionswissenschaft (Arch. f. Relig. Wiss.)*, I (1898), pp. 76 y sig.

Lisle⁵ está en la memoria de todos, eclipsando los sonetos de su discípulo Heredia⁶ sobre el mismo tema. En Alemania el tema parece haber sido particularmente apreciado: Nietzsche⁷, Jensen⁸ y Hermann Lingg⁹ lo tratan desde un punto de vista lírico o filosófico, mientras que Goethe¹⁰ lo alude, y M. Herbert intenta condensar en un ritmo adecuado toda la tradición que ha podido reunir¹¹. Igualmente, Erban dedica a la *Polednice* de Bohemia una poesía que todos los checos se saben de memoria por haberla aprendido en la escuela. Por su lado, los novelistas describen la hora del mediodía con mayor o menor júbilo, tal como el noruego Andreas Haukland¹² o Jensen¹³, ya mencionado (ver, de hecho, la misma atmósfera de la *Gradiva* de este último), y, en páginas exaltadas, el escritor polaco Venceslas Berent¹⁴ demuestra los estragos de la acedía, la

⁵ Leconte de Lisle, «Midi», en: *Poèmes antiques*, 1852.

⁶ José-Maria de Heredia, «La vision de Khèm, I.», «La sieste», en: *Les trophées*, 1893.

⁷ Friedrich Nietzsche, «En plein midi», en: *Ainsi parlait Zarathoustra*, trad. fr., t. II, pp. 399-403; cf. p. 476.

⁸ Wilhelm Jensen; cf. O. Crusius, art. cit., *in fine*.

⁹ Hermann Lingg; cf. Leonard Korth, *Mittagsgespenster*, Colonia, 1915, p. 30.

¹⁰ Johann Wolfgang von Goethe, *Nouvelle*, trad. fr., París, 1931, p. 28.

¹¹ M. Herbert; cf. Korth, *op. cit.*, p. 29.

¹² A. Haukland, *Eli Svartvanet*, 1929.

¹³ Wilhelm Jensen, *Gradiva: Fantaisie pompéienne*, 1903, trad. fr., 1931.

¹⁴ Venceslas Berent, *Les pierres vivantes*, trad. fr., París, 1931, pp. 278-291.

tristeza culpable de los cenobitas del desierto. La misma novela policiaca (género que no por estar excluido de la «literatura» deja de ser revelador en extremo y precioso para su estudio) lo aprovecha también en alguna ocasión: «Mediodía, rey del espanto», que proporciona uno de los capítulos más angustiosos a *El perfume de la dama de negro* de Gaston Leroux, y el prometedor título *El fantasma del mediodía* de M. Noël Vindry.

Este rápido vistazo no es en vano: demuestra hasta qué punto la magia —el término parece muy atinado— de la hora del mediodía sobre la sensibilidad humana es poderosa. Sin duda la decadencia de la mitología la ha hecho disminuir, pero no la ha hecho desaparecer. Lo prueban con creces los testimonios precedentes, y, si estos —obras de gente culta— no pueden aspirar a aclarar directamente las creencias populares, en todo caso, al describir las capacidades alucinatorias de la hora del mediodía y el efecto deprimente de su atmósfera sobre la afectividad, a veces han señalado qué recursos ofrecía a las fuerzas vivas de la imaginación y de la fabulación espontánea, en un tiempo en que, al ser una realidad la mitología, los sucedáneos de la literatura no tenían el menor interés.

Por otra parte, hay regiones en donde la mitología está en activo, o lo estaba todavía hasta hace muy poco. Ahí, el mediodía está poblado de fantasmas a su imagen. Las investigaciones de Jungbauer¹⁵ para Alemania, de Zele-

¹⁵ Gustav Jungbauer, s. v. «Mittag», en: Eduard Hoffmann-Krayer y Hans Bächtold-Stäubli (eds.), *Mittag. Mittagsläuter, Mittagsgespenster:*

nin¹⁶ para Rusia, de Máchal¹⁷ para Bohemia, de Bystron¹⁸ para Polonia y el relato de Lafcadio Hearn¹⁹ para la Martinica los han descrito con una apreciable precisión. Al mismo tiempo, Haberland²⁰, Drexler²¹ y Korth²², en sus monografías, a pesar de las grandes insuficiencias de los materiales, no dudaban en abordar la cuestión, por decir así, a escala mundial.

Comparando ciertas de estas creencias y las alusiones antiguas, dudamos que Grecia haya sido la tierra elegida de los demonios del mediodía. Es cierto que los autores a los cuales podemos recurrir para obtener algunos detalles sobre el folclore de su tiempo son los menos folclo-

Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens, VI, 3, Berlín y Leipzig, 1934, col. 398-418.

¹⁶ Dimitri K. Zelenin, *Essais de mythologie russe*, Petrogrado, 1916, pp. 202-207.

¹⁷ Hanuš Máchal, *Nákres Slovanského bájesloví*, Praga, 1891, cap. IX, pp. 134 y sig.

¹⁸ Jan Stanisław Bystron, *Zwyczaje żniwiarskie w Polsce*, Cracovia, 1916, cap. I.

¹⁹ Lafcadio Hearn, *Esquisses martiniquaises*, trad. fr., París, 1924, pp. 87-114; 181-182.

²⁰ Karl Haberland, *Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissen*, XIII (1882), pp. 310-324.

²¹ Wilhelm Drexler, s. v. «Meridianus daemon», en: Wilhelm Heinrich Roscher, *Ausführliches Lexikon der griechischen und römischen Mythologie*, II, p. 2835.

²² L. Korth, *op. cit.*

ristas posibles. Al estar ya lo suficientemente alejados de las creencias populares, probablemente no fueron estas lo que ellos en general legaron a la posteridad, sino un arsenal de leyendas poéticas, la mitología de los espíritus cultivados. Hay poquísimos *Fastos* y demasiadas *Metamorfosis*. Igualmente, en esas materias, aún más que en otras, resulta imprudente extraer argumentos del silencio de los textos. Dichas estas reservas, no parece sin embargo que Grecia haya conocido demonios del mediodía propiamente dichos. La expresión δαιμόνιον μεσημβρίνον («demonio del mediodía») no fue introducida en la lengua sino por la traducción de los Setenta, y, aun así, en provecho de una de las interpretaciones más contestables, cuando no de un puro y simple contrasentido. Es cierto que incluso esto resulta interesante, pues los contrasentidos de este tipo no surgen milagrosamente de la nada, sino que son determinados por realidades muy vivas e incluso muy imperativas; de todos modos, el desarrollo de este muestra suficientemente que se produjo sobre un terreno bien insemñado.

No hay duda de que la hora del mediodía ha sido, en Grecia, la hora religiosa por excelencia. La primera parte de este trabajo se propone desentrañar los elementos que han contribuido a darle esta preeminencia. Sin embargo, es manifiesto que los seres míticos cuya naturaleza se deja vincular mejor a la del instante crítico que por añadidura se presenta como la hora privilegiada, si no exclusiva de su aparición, no pueden ser, ni por asomo, considerados como espectros específicos del mediodía. La segunda parte los estudiará desde este punto de vista y se esforzará por aclarar las afinidades electivas que unen a Pan, las sirenas y

las ninfas con este temible momento. Si la exégesis de ciertos episodios (el mito de las cigarras, la leyenda de Acteón y de Tiresias) parece demasiado tentacular y, al menos, aventurada, no se debe, en el peor de los casos, sino a un débil exceso de honor producto de una larga afrenta. Además, la mención explícita de la hora del mediodía ha sido siempre exigida como garantía previa, a tal punto que, por cualquier buena razón que se pueda tener para situar las esfinges entre los demonios del mediodía, aquellas fueron de todas maneras eliminadas de este estudio, en vista de la ausencia de cualquier testimonio que les concierna. Con esto, se trata menos de dar muestras de prudencia que de imponer un límite a una expansión que habría abarcado inútilmente una extensa parte de la mitología griega. Finalmente, no podría terminar la introducción del presente trabajo sin expresar todo lo que este les debe a los señores Ch. Picard, G. Dumézil, H.-Ch. Puech y P. Étard, quienes guiaron constantemente mis investigaciones, dándome los consejos más esclarecedores y suministrándome aquí y allá abundantes indicaciones.